



Pablo Mourier

Venganzas
sutiles

*Dieciocho historias
de una ciudad caníbal*

BÄRENHAUS

Índice

Más negro que amarillo.....	13
Viejos planes.....	17
Héroe.....	27
El otro Funes.....	31
Nunca se sabe.....	35
El juego y el final.....	41
Por algo habrá sido.....	57
La casa.....	61
Nunca es fácil Balvanera.....	71
La vieja y los vecinos.....	75
El Chino y el Hueso.....	85
La vergüenza de la señorita Dughan.....	89
El verdadero amor.....	101
La resurrección de Luis.....	109
El número 7.....	115
Luz.....	121
Cosa de arqueros.....	123
Magdalena.....	129

Viejos planes

17

Las dos hermanas lo sabían: era impensable que el padre aceptara irse de la casa sin escándalo, había en ella demasiada historia, nostalgias y orgullo acumulados por casi un siglo. Era la casa de su abuelo inmigrante, el mismo que alguna vez se había embarcado en Nápoles buscando un horizonte mejor que el hambre. Desde entonces, habían pasado cuatro generaciones de la familia. No había posibilidad alguna de que el padre aceptara irse.

Desde los tiempos del nono, el barrio había cambiado. Ahora proliferaban los hoteles boutique, los restaurantes temáticos y las ferias de ropa y diseño. Palermo Soho era el preferido por jóvenes que pagaban fortunas por alquilar un dos ambientes con *amenities* o comer sushi en la vereda. Pero al padre, ese impostado glamour lo tenía sin cuidado: su vida transcurría dentro de la casa, entretenido con la nostalgia de una familia y un mundo que ya no existían. Con algo más de cuarenta, Inés y Virginia veían la vida de otra manera. Las historias de inmigrantes les resultaban distantes y ajenas, ya bastante tenían con

los familiares nacidos de este lado del océano. Por eso habían quedado en acordar ciertos detalles antes de visitar a su padre. Se reunieron en el café de la esquina, a la vuelta de la casa donde habían nacido.

—¿Por qué tengo que ser yo la que se lo diga? —protestó Virginia a su hermana mayor.

—Porque toda la vida fuiste su preferida —dijo Inés—. A vos el viejo te perdonaría cualquier cosa.

—Esta vez no creo —respondió con escepticismo.

—¡Virginia, por favor... como si fuera el primer padre internado en un hogar de ancianos!

Virginia se quedó callada.

—Además, el viejo no es tan grande —siguió diciendo Inés—, ¡por ahí hasta consigue novia!

La madre de Inés y Virginia había muerto hacía años. El padre vivía solo y la casa parecía demasiado grande, sobre todo ahora que ellas habían despedido a la empleada que lo ayudaba con la limpieza.

—No te lo digo por el geriátrico —le aclaró Virginia—. Lo que no nos va a perdonar nunca es lo de la casa.

—¿Pediste que no pusieran el cartel hasta que hayamos mudado al viejo, no? —preguntó Inés.

—Sí —dijo Virginia—, quedé en avisarles cuando la casa estuviera vacía.

—En esas cosas tenemos que ser cuidadosas.

—Muy cuidadosas.

—Imagínatelo al viejo enterándose por el cartel en la puerta... ¡Qué cosa horrible!

—¡Horribles son los de la inmobiliaria! —advirtió Virginia—. La que me atendió no estaba al tanto de nada: me dijo que el poder de venta no hacía falta.

—Lo único que les interesa es cobrar la comisión —dijo Inés con fastidio—. ¿La están publicando en Internet?

Virginia negó con la cabeza.

—Primero hay que tasarla. Son muchos ambientes, el patio, el jardín...

—Estamos perdiendo los mejores meses —se lamentó Inés—. Después vienen las fiestas y el verano. Hasta marzo no pasa más nada.

—Ya sé, pero no podemos llevar a un tasador con el viejo adentro. Vos viste lo desconfiado que se pone...

—¡Acordate del escándalo cuando le pedimos que nos hiciera un poder amplio!

—Los viejos tienen un olfato especial...

—Tenemos que cerrar el asunto hoy mismo —dijo Inés perdiendo la paciencia—. Llevo pagados dos meses del geriátrico para que nos sigan reservando el lugar.

Se hizo un silencio incómodo, siempre terminaban discutiendo por la plata. Inés tomó un sorbo de café para ganar tiempo y recomponerse. Después siguió hablando, ya más calma:

—Tenemos que sentarnos a hacer números... —dijo.

—Los otros días pagué el despido de Teresa —aclaró Virginia.

—Ni me cuentes, esas cosas me deprimen.

El celular de Virginia empezó a vibrar sobre la mesa. Ella se fijó: tenía otro mensaje del padre en el contestador. Escuchó su voz reclamando, como siempre.

—Pregunta si vamos a ir —dijo mostrándole el celular—. ¿Podés creer que es la tercera vez en el día?!

—Culpa tuya por haberle dado el número.

A Virginia no dejaba de asombrarle cómo Inés se desentendía de todo lo que tuviera que ver con su padre. Se preguntaba qué pasaría si ella hiciera lo mismo.

—¿Empezás hablando vos o arranco yo? —le encaró Inés.

—¿No habías decidido que se lo dijera yo? —le reprochó Virginia.

—Se lo decís vos, ya sé. Pero yo puedo sacar el tema, para que no empieces a dar vueltas y vueltas como hacés siempre.

—Ya te dije que no me voy a echar atrás...

—¡Hace tres meses que estamos con esto! —le reclamó Inés.

—¡Hace tres meses que no venimos a visitarlo, Inés! —dijo Virginia levantando el tono.

Se hizo un nuevo silencio, el más incómodo, Inés había logrado sacarla de quicio una vez más. Virginia desvió la vista para evitarla, no soportaba esa mirada de hermana mayor, manejadora. Notó que de otras mesas las estaban observando. ¿Qué sentido tenía estar discutiendo adelante de extraños algo que ya habían hablado hasta el cansancio? Pero Inés insistía, parecía disfrutarlo.

—¿Querés que lo ensayemos? Vos sos vos y yo hago del viejo.

—Me estás poniendo nerviosa, Inés.

—Peor va a ser que te pongas nerviosa adelante del viejo por no haberlo ensayado.

Virginia estuvo a punto de levantarse. Cuando Inés se ponía así, no la soportaba. En vez de eso, repasó una vez más sus instrucciones.

—Le hablo sin dramatismo y no menciono lo de vender la casa —dijo—. Solo señalo la conveniencia de que viva acompañado en un lugar donde va a estar atendido y rodeado de gente de su edad.

—¡Y con control médico, eso suena convincente! —interrumpió Inés—. Decile que el médico nos habló de lo peligroso que es vivir solo a su edad.

—Mentiras no, Inés.

—Está bien, esa parte la digo yo.

Inés terminó su café. Al dejar la taza, se acordó de algo.

—¡El jardín! —dijo—. Al viejo le gustan las plantas y en este lugar va a tener como media manzana de parque.

—Se va a dar cuenta de que queda en provincia, Inés. Es viejo, no pelotudo.

—Menos contaminación, menos ruido... Acá en la ciudad, la gente es una porquería.

—¿Vamos? —Virginia la interrumpió para no seguir escuchándola.

Pagaron los cafés y se dirigieron hacia la puerta serpenteando entre las mesas. A Virginia le pareció que algunos volvían a mirarlas, pero trató de no perseguirse, seguramente era cosa de ella.

Cruzaron la calle y caminaron sin decir palabra. Por más que intentara disimularlo, Inés también estaba nerviosa. Convencer al viejo prometía ser una lucha titánica, deberían escuchar sus argumentos de siempre: la familia, los recuerdos, el orgullo.

—¡Si serán imbéciles! —gritó Inés. Miraba en dirección a la casa, desencajada.

Virginia siguió la mirada de su hermana y se topó con el enorme cartel de la inmobiliaria: “EN VENTA”. Estaba clavado en el pequeño jardín de adelante.

—¡Te lo dije! La mina de la inmobiliaria es una idiota —se anticipó Virginia a la defensiva.

—Si el viejo lo vio, debe estar hecho una furia.

—Sale poco, por ahí ni se enteró. En una de esas lo pusieron hoy mismo.

—¡Por eso llamaba tanto! —se dio cuenta Inés.

—Bueno, le decimos que es por su bien y punto. ¡Tampoco es bueno darle tantas explicaciones!

Cruzaron la calle en dirección a la casa. Pasaron junto al cartel, realmente era grande. Virginia volvió a acordarse de la empleada de la inmobiliaria. Subió los dos escalones hasta la puerta principal, se sintió agitada, debían ser los nervios. Respiró hondo y tocó el timbre mientras su hermana gesticulaba para darle ánimo. Los segundos que pasaron le parecieron eternos. Por fin, la puerta se abrió y apareció el padre, sonriente como pocas veces.

—¡Hijas! —dijo cariñoso—. ¡Qué alegría!

Él se adelantó para darles un abrazo, al tiempo que ellas se apuraban a entrar para que no viera el cartel. Terminaron tropezando entre sí en un abrazo torpe y nervioso. La sonrisa que tanto habían ensayado se les desdibujó al instante: parada junto al sillón del living, había una mujer joven. Era rubia, bastante bonita y algo menor que ellas. El viejo se apuró con las presentaciones:

—Sofi, vení —dijo emocionado—. Te presento a mis otros dos soles: Inés y Virginia.

La mujer rubia sonreía con timidez, las manos entrelazadas sobre su falda. Inés y Virginia no necesitaban escuchar más para saber que algo andaba mal. Miraron al padre, le exigían precisar la situación: ¿qué hacía ese gato en la casa familiar? Él caminó hasta ponerse junto a la mujer rubia y cruzó su brazo por detrás de la espalda de ella, tomándola del hombro.

—Les presento a su hermana Sofía —dijo.

“¡Esto no puede estar pasando!”, pensó Virginia.

El viejo vio su cara y empezó con las disculpas:

—Perdón por la desprolijidad, pero... ¡tardaron tanto! —se justificó.

La mujer rubia estaba cada vez más emocionada, los ojos brillosos por las lágrimas. El rostro mostraba también cierta incomodidad, parecía no entender la frialdad de sus hermanas.

Virginia se dejó caer sobre el sillón. Inés se sentó a su lado.

—Sofía, cielo —dijo el viejo—, ¿podrías preparar un té?

La mujer rubia asintió mientras se secaba las lágrimas y salía disparada hacia la cocina, se le notaba el alivio por correrse de la línea de fuego. El padre se sentó frente a ellas y empezó a hablar en voz baja, como si el tono pudiera hacer más aceptable lo que tenía para decirles.

—Estoy tan feliz por este encuentro... —dijo.

—¿De dónde mierda salió esta mujer, papá? —Virginia lo cortó en seco.

El viejo sintió el impacto, ella nunca le había hablado así. Necesitó unos instantes para recuperarse, lue-

go respiró hondo y contó su secreto mejor guardado.

—Después de que ustedes nacieron —dijo—, tuve una relación con otra mujer...

Inés y Virginia cruzaron miradas. Estaban desconcertadas, siempre habían visto a su padre como a un odontólogo obsesivo, sin más vida que su consultorio y su familia, definitivamente aburrido.

—Cuando se enteró de que yo era casado, ni siquiera se despidió. Nunca más la vi.

24

El padre buscó la mirada de sus hijas, necesitaba tener su apoyo. Ellas lo ignoraron. Entonces, él siguió:

—Jamás intuí que tenía otra hija.

—¿Y entonces? —lo apuró Virginia.

—Hace algún tiempo, después de la muerte de su madre, Sofía empezó a buscarme.

Inés puteó por lo bajo.

—Finalmente, hace un par de meses, me encontré.

El viejo estaba desbordado por la emoción, le costaba respirar. Inés pensó que caería muerto en medio del relato. Pero no; poco a poco, él fue recuperando el control.

—Sofía es una chica sensible —siguió el padre—. Escucharla hablar de su madre fue muy fuerte, me cambió la vida. Tengo ganas de hacer cosas, de salir...

El viejo interrumpió la frase por los golpes que venían de la calle, parecían martillazos. Inés se levantó para ir a ver, pero él la retuvo.

—También quería hablar de esto —dijo—; ¡es que son tantas cosas juntas! En la entrada hay un cartel de una inmobiliaria...

Inés y Virginia se miraron buscando mutuo apoyo: ¡con los nervios no recordaban qué debía decir cada una! Tampoco parecía prudente hablar de vender la casa en un momento así y adelante de terceros.

—Tranquilo, viejo, no te preocupes, está todo bien —dijo Virginia—. Lo hablamos con calma el fin de semana.

—Es que mañana me voy de viaje, ¡estuve semanas intentando decirles! —se justificó el viejo.

Virginia estaba azorada. Era como caer al vacío, una caída sin fin, solo esperaba el choque final.

El viejo siguió hablando:

—No quiero morirme sin conocer Nápoles... Es lo único que justifica deshacerse de la casa.

—¡¿Vas a vender la casa?! —lo interrumpió Inés, ofendida.

—Ya la vendí —dijo él con culpa—, ¡es lo que estoy tratando de decirles! Pedí que no pusieran el cartel, pero ya escuchan los martillazos... ¡A esta gente solo le interesa cobrar la comisión!

Virginia estaba a punto de llorar, quería despertar de esa pesadilla. A su lado, Inés parecía perdida, inmóvil y cabizbaja, sin atinar a nada.

—Viajo con Sofi —dijo el viejo—. ¿No es maravilloso?

—Pero, papá... —interrumpió Virginia.

—No se preocupen por mí —dijo él.

—Es que nos parece que nosotras...

—Ustedes tienen que estar acá, con sus hijos, como debe ser. Yo siempre les di todo, en cambio a Sofi...

El silencio invadió la casa, apenas se oían los ruidos de vajilla en la cocina. Ellas buscaban algún

argumento para resistir, pero no lo encontraban. El padre siguió hablando, emocionado:

—Conocer al mismo tiempo a mi hija menor y la tierra del nono —hizo una pausa y luego continuó—, es maravilloso.

Inés se puso de pie con energía, tratando de interrumpirlo. El viejo no se inmutó, seguía soñando como un adolescente.

26 —Revivir su mística aventurera, su devoción por la familia —dijo—, lo vivo como un homenaje.

La mujer rubia se asomó desde la puerta de la cocina.

—¿Alguna prefiere té con limón? —preguntó con su exasperante ingenuidad.

Inés y Virginia hicieron todo el viaje de regreso sin hablar una palabra.

